

# la maduración psicológica en la virginidad

## El punto de partida: una constatación de la realidad

Supuesta la fundamentación humana y bíblica de la virginidad, el sentido que tiene como forma de vida cristiana<sup>1</sup>, quedaría un segundo aspecto por considerar. Si el amor matrimonial debe ser una ocasión propicia para la apertura al otro y, en cierto sentido, un camino normal para la maduración psicológica, ¿No sería el celibato una especie de mutilación, la causa de los desequilibrios de muchos célibes con todas sus consecuencias?

Antes de responder a esta pregunta se impone una constatación nacida de la experiencia. También en el matrimonio es posible encontrar desequilibrios, rarezas y neurosis más o menos compensadas. El conocimiento cercano de la pareja por dentro es suficiente para caer en la cuenta de múltiples actitudes regresivas e inmaduras de tantas personas, que se quedaron a mitad de camino en su proceso de evolución. Lo mismo que sería injusto cerrar los ojos a la riqueza humana y afectiva de muchos célibes, que han sabido explotar al máximo sus posibilidades psicológicas. Esto demuestra la dificultad de una objetiva confrontación para ver dónde, de hecho y en teoría, se alcanza un equilibrio mayor. Si en uno como en otro estado existen personas con un psiquismo excelente, normal, pobre o patológico, esto significa que no es tanto el género de vida cuanto la situación individual de cada uno, la que facilita o entorpece su maduración. La renuncia al amor conyugal o al ejercicio del sexo no son por sí mismas determinantes de ninguna anomalía psíquica<sup>2</sup>. De la misma manera que

(1) De ello hemos tratado en *Sexualidad y matrimonio hoy*, Sal Terrae, Santander 1980<sup>3</sup>, 337-352. Una amplia bibliografía sobre el tema en M. AUGÉ, *Rassegna bibliografica sulla virginità consacrata*, (1966-1976), Claretianum, 19 (1980) 97-125. Puede verse también X. THEVENOT, *Les célibats. Risques et chances*, Etudes, 352 (1980) 559-577 y M. RONDET - I. RAGUIN, *El celibato evangélico en un mundo mixto*, Sal Terrae, Santander 1980.

(2) Cfr. *Psychopathologie et célibat* en AA.VV., *Célibat et sexualité*, Du Seuil, París 1970, 66-67. Un libro cuya lectura recomendamos por su gran interés. P. CHAUCHARD, *Celibato y equilibrio psicológico* en AA.VV., *Sacerdocio y celibato*, Bac, Madrid 1971, 499-518. M. ECK, *Sacerdoce et sexualité*, Fayard, París 1973. L. ANCONA, *Perfección humana y espiritual* en AA.VV., *Matrimonio y celibato*, Estela, Barcelona 1969, 79-113.

la vida sexual y el matrimonio no sirven de terapias eficaces para la curación de todos los conflictos.

Cada estado de vida tiene sus propias dificultades e inconvenientes, como también posee sus ventajas y aspectos positivos. Lo importante es que cada uno descubra su vocación, en la que llegue a centrarse por completo, y desde ahí trabaje en la realización plena de su personalidad. ¿Cómo conseguirla dentro del celibato?

Ningún célibe puede ser maduro y equilibrado, si no fuese capaz psicológicamente de hacer feliz a otra persona en el matrimonio. La virginidad no debería estar reservada para los fracasados en el amor por limitaciones personales, como tampoco debería casarse ninguna pareja por ciertas necesidades o exigencias falsas o inconscientes. La relación oblativa, humilde y respetuosa es la meta de todo el proceso evolutivo. Y para mantener semejante orientación en la vida virginal, me parecen imprescindible estas dos condiciones previas y fundamentales.

### **La opción por la virginidad: consecuencias de un compromiso**

El punto de partida tendría que ser la libre aceptación voluntaria de lo que significa la virginidad: la renuncia a la más bella y profunda de las experiencias humanas<sup>3</sup>. En el fondo, aunque expresada ahora de forma negativa, es vivir para siempre con una cierta soledad básica, que nada ni nadie podrá nunca llenar. Ni siquiera el amor del Otro responde directamente a las urgencias humanas que el corazón necesita.

Hay un primer vacío de todo lo que dice relación con el ejercicio de la sexualidad. La continencia ya hemos dicho que no es dañina ni patológica, pero evidentemente priva de unas gratificaciones que, cuando se viven de una manera armónica y positiva, constituyen un importante factor de equilibrio y felicidad. La vida sexual de los cónyuges es un lugar privilegiado para dar salida a otras pulsiones arcaicas, primitivas e insatisfechas que, de no encontrar este cauce, podrían hacerlo con otras manifestaciones más peligrosas. El placer es además un lenitivo de muchos problemas y compensa de alguna manera la fatiga y el aburrimiento, que provoca con tanta frecuencia la vida. El que experimenta hacia él un sentimiento de repugnancia, desprecio o temor tendría que examinar más

---

(3) Todo lo que digamos a continuación se refiere a un ideal que no siempre llega a realizarse. La tragedia última de muchos matrimonios, que muchas veces no se traduce hacia afuera, puede hacerse tan dolorosa que, aun humanamente, el celibato aparezca como una solución mejor, aunque ya inaccesible. Y desde luego, la convivencia continua con una persona, a la que no se quiere, resulta mucho más difícil de soportar que una vida más solitaria.

a fondo los motivos de su elección. Su renuncia en el célibe no se basa en la apatía o indiferencia, sino en la opción por otros valores que le resultan preferentes.

Un segundo aspecto de mayor importancia consiste en la ausencia del compañero o compañera, con el que compartir la vida entera y sentirse privilegiado como sujeto de un amor único, exclusivo y totalizante. La soledad humana descubre aquí su remedio más oportuno. El encuentro definitivo con el otro, en todos los niveles de la existencia, es un remanso de fortaleza, dinamismo y bienestar. En medio de las dificultades y problemas, queda un espacio reservado para recuperar la ilusión y la alegría. Es el maravilloso sentimiento de que todo tiene sentido, porque la felicidad se hace posible con el cariño que se comparte y experimenta. No es raro que al pasar el ecuador de los años —los antiguos designaban esta etapa como el diablo meridiano— se produzca un cierto tedio y monotonía existencial, precisamente en el momento en que muchas cosas se vienen abajo y el realismo penetra en el alma, sin ilusiones ni otras ingenuidades, como una fuerza desoladora. La búsqueda de alguien que, como refugio mutuo y compañía amorosa, compense el mundo solitario se añora con mayor urgencia que la misma gratificación sexual. La participación común en los misterios de dolor y gozo hace de la pareja un pequeño oasis. A pesar de todo, el epitafio de Adán sobre la tumba de Eva deja de ser ficción literaria para convertirse en realidad: «Donde quiera que estuvo ella, estuvo el paraíso»<sup>4</sup>. Y los vírgenes no tienen este aire único, que refresca y tonifica el duro desierto de la vida.

Finalmente no podemos olvidar tampoco que el instinto de paternidad es una nostalgia escondida en el corazón del hombre y más todavía en el de la mujer. El hijo, aun sin ser un reflejo del narcisismo paterno, despierta poder e iniciativas creadoras y completa de alguna manera el ansia de permanencia y sucesión. Detrás queda alguien por quien valió la pena el esfuerzo y ayudó a enfrentarse con tantas «muertes» —incomprensión, rebeldía e independencia de los propios ideales—, antes de la última y definitiva. Si además constituye un triunfo, el retiro hacia la vejez se hace mucho más soportable<sup>5</sup>.

Comprometerse con la virginidad supone, pues, la marginación seria y gozosa de estos elementos, que facilitan de ordinario el éxodo de nuestro caminar por el mundo y el convencimiento íntimo de esta posibilidad en las circunstancias concretas y personales del individuo. Sin una conciencia lúcida de esta situación especial y característica, la opción virginal tiene el peligro de hacerse

---

(4) M. TWAIN, *Diario de Adán y Eva*, Corregidor, Buenos Aires 1973.

(5) Cfr. A. CHAPPELLE, *Sexualité et sainteté*, Institut d'Etudes Théologiques, Bruxelles 1977, 59-95.

ambigua y algo confusa. Como consecuencia, nacería una sensación oculta e inconsciente del que no se encuentra a gusto ni centrado por falta de claridad en su decisión. Las verdades a medias, sobre todo cuando se encubre con una cierta mala fe pseudojustificada<sup>6</sup>, desencadenan conflictos y proyecciones, cuya raíz se ignora o no interesa conocer. La famosa «tercera vía» entre matrimonio y virginidad no se ha revelado hasta el momento como un camino estable de maduración y perseverancia, justamente porque se trata de individuos que no han clarificado aún por qué desean optar, como si no quisieran excluir ninguna de las dos posibilidades<sup>7</sup>.

### **Análisis de la propia realidad: la crisis de una evolución**

Por ello se requiere, como segunda condición para madurar, un discernimiento honesto de la situación en que cada uno se encuentra y que posibilita llamar a cada cosa por su nombre. Esta actitud de honradez y sinceridad consigo mismo es imprescindible, para evitar los múltiples engaños y autojustificaciones, que evitan el enfrentamiento con la propia verdad. El peligro que existe en el celibato es que no interesa conocer los deseos, tendencias, ilusiones, curiosidades y anhelos más íntimos, por miedo a despertar un sentimiento de culpa y destruir con ello la buena conciencia que se quiere mantener. Entonces, la persona se contenta con una imagen ilusoria y narcisista de su yo virgen, cuando el fondo no queda tan limpio y transparente como piensa. Con el riesgo además de que todo ese mundo desintegrado encuentre salidas falsas y se revele bajo otras manifestaciones en apariencia más inocentes y virtuosas. Ni el desconocimiento, ni la justificación mentirosa ayudan a una virginidad adulta. Toda maduración tiene que partir de un análisis sincero de la propia realidad, cuyo encuentro no siempre resulta agradable<sup>8</sup>. Lo contrario conduciría a un posible auto-engaño que, como sucede muchas veces, es captado desde fuera por las otras personas con mayor facilidad que por el propio sujeto interesado.

---

(6) Un estudio interesante, desde el punto de vista psicológico, para comprender esta «mala fe», puede verse en E. DREWERMANN, *Angustia y culpa en el relato yahvista de la caída (Gén 3, 1-5)* en «Concilium» n.º 113 (1976) 369-381.

(7) Pocos estudios existen sobre el tema, pero una amplia praxis pastoral me ha confirmado que lo normal, después de un período más o menos largo de experiencias, es que se vuelva a una virginidad íntegra o se cambie de estado. Lo difícil es que el individuo, mientras se halla en esa situación ambigua, acepte la objetividad de este planteamiento, que lo siente demasiado externo e impersonal. La necesidad de cambio surgiría por haber constatado que no se tuvo vocación, o porque ésta se hace ya incompatible y desaparece con este nuevo estilo de vivir. Cfr. M. ALCALÁ, «Tercera vía» y *antigüedad cristiana* Raz. y Fe 194 (1976) 333-348 y G. CRUCHÓN, *Celibato y madurez. La hora de la elección* en J. COPPENS (dir.), o. c. (n. 2), 479-498.

(8) Sobre este punto hemos tratado en *Praxis cristiana. 1 Fundamentación*, Paulinas, Madrid 1980, 243-261.

El equilibrio de la virginidad no resulta siempre estable y definitivamente adquirido. La evolución hacia la madurez exige un cambio permanente, con sus correspondientes crisis para irse adaptando a las nuevas exigencias personales, como sucede también en la biografía del amor matrimonial. Cuando la vida descubre con realismo lo que significa la promesa hecha como un proyecto lejano, hay que repetirla de nuevo con una dosis mayor de autenticidad, eliminando lo mucho de imaginario que al principio existía. Ser fiel consiste precisamente en la respuesta y acomodación a las circunstancias presentes, dentro de la misma orientación fundamental<sup>9</sup>. El hombre maduro es el que sabe asumir los acontecimientos y sorpresas con los que va tropezando, para integrar todo en su primitiva elección. Y asumir es aceptar libremente la novedad que se presenta sin quererla cambiar, cuando no es posible, ni seguir adelante por otro camino.

Es normal, por tanto, que muchas ilusiones se rompan y aparezcan determinados conflictos o surjan con fuerza ciertas necesidades, que habían permanecido demasiado silenciosas. Lo mejor, entonces, no es dejarse llevar por las racionalizaciones, que justifican otras experiencias inéditas en la vida virginal. Es el momento de la reflexión y lucidez para recordar el significado del compromiso y, sin temor por los errores, fallos y equivocaciones, que también pueden convertirse en una experiencia positiva, volver a una conducta coherente. Las situaciones irreversibles, en la hipótesis de una auténtica llamada a la virginidad, son de ordinario consecuencia de una actitud prolongada, donde ha escaseado la luz o la decisión. Al fin y al cabo, para comprender muchas «razones», hay que comenzar primero por vivirlas. Y ninguno captará el valor de su propio celibato, si no se ha comprometido a fondo con anterioridad.

Es posible, incluso, que problemas de diversa índole surjan en determinados períodos cruciales. La integración de la libido, aun en los casados, no se consigue desde el comienzo y exige un esfuerzo permanente. Todo fracaso en la tentativa de continencia no es sistemáticamente un pecado. La voluntad no es omnipotente para dominar de inmediato los deseos incontrolados, cuya existencia resultaba desconocida hasta el momento por una cierta represión e influjos ambientales. Ni siquiera el que las motivaciones no fueran limpias al principio o quedaran inconscientes significa falta de vocación, si hay capacidad de que evolucionen hacia un planteamiento más verdadero. Pero este descubrimiento y adaptación requiere tiempo, y no todos lo realizan sin una crisis más o menos profunda y prolongada. Entonces, puede nacer la tentación del estancamiento, del conformismo, de hacer compatibles algunas conductas con las exigencias de la virginidad, que mutuamente se excluyen. Aunque el éxito pleno no fuera

---

(9) Una bibliografía amplia sobre la fidelidad en H. WATIAUX, *La fidélité: repères bibliographiques*, Rev. Th. Louv. 5 (1974) 211-219 y 349-458. Recomiendo la lectura de V. AYEL, *Inventer la fidélité aux temps de certitudes provisoires*, Chalet, Lyon 1976

posible por cualquier motivo, sería más evangélico el reconocimiento humilde de la propia condición, al no disponer a lo mejor de los remedios necesarios, que el intento por justificar lo que no llega a vivirse.

### **La relación afectiva de la virginidad: el encuentro con la otra persona**

Supuestas ambas condiciones, el tema de la amistad adquiere una importancia extraordinaria en la vida del célibe. Renunciar a la conyugalidad no significa cerrarse al amor. Es más, el que nunca haya tenido una experiencia semejante ha perdido sin duda una posibilidad de maduración. Nadie alcanza un equilibrio humano suficiente, por muy santo que pueda ser en lo religioso, si no ha descubierto lo que significa amar a una persona<sup>10</sup>. Y amar de verdad supone una experiencia afectiva, con profundas resonancias, que no tienen nada que ver con otros idealismos platónicos, demasiados espirituales.

Aunque el cariño no sea puro sentimiento, y hasta deba mantenerse en su ausencia –según las diferentes categorías–, si alcanza un cierto nivel, desborda necesariamente como algo inevitable. Una continencia que elimine la sensibilidad resulta demasiado enfermiza, destruye múltiples valores y fomenta una serie de rarezas y comportamientos extraños, fronterizos con lo patológico, pues el corazón queda duro y reseco por una falta de riego afectivo. Sin creer que sea patrimonio exclusivo de los célibes, es evidente que algunas manifestaciones de esta sequedad –rigorismo, incompreensión ante problemas humanos, reacciones infantiles, deseo de dominación, inflexibilidad... y hasta el mismo trabajo desenfrenado como excusa– puede darse en ellos con mayor propensión<sup>11</sup>.

Si ser virgen condujera sin remedio hacia ahí, sería algo monstruoso e inadmisibile. El aprendizaje del amor, por la vereda de los encuentros personales, es un punto de orientación para todo el mundo.

La misma relación afectiva heterosexual no hay por qué rechazarla como elemento de equilibrio y maduración. El recelo excesivo de otras épocas, que superaba la prudencia imprescindible, no sé si ha tenido un precio demasiado caro, aunque haya fomentado la continencia. Un ambiente de mayor naturalidad parece mucho más sano y enriquecedor, con los presupuestos anteriores que acabamos de señalar. Incluso, se ha discutido si una amistad privilegiada con

---

(10) Lo mismo que no podemos amar a Dios, sin amar a los hermanos, tampoco podemos querer *bien* a Dios, sin querer *bien* a los otros. La calidad humana será idéntica en ambas relaciones. Sin embargo, una experiencia profunda y auténtica de Dios podría servir, a su vez, para un enriquecimiento y maduración del encuentro personal.

(11) Cfr. A. PLÉ, *La vie affective du célibataire consacré*, Supplement 22 (1969) 215-223.

el otro sexo constituye una ruptura de la consagración virginal<sup>12</sup>. Me parece que ser virgen y estar «casado», aunque sea nada más que con vinculaciones afectivas, son realidades que se excluyen. Pero creo que lo característico del «matrimonio» no reside en la fuerza del cariño vivenciado, sino en hacer del otro el centro de gravedad, que determina y especifica la propia existencia. El célibe no se orienta por el camino de la conyugalidad, pues renuncia a compartir la vida en plenitud con otra persona, pero experimentar un amor, que le llevaría en circunstancias normales hasta ello, no supone necesariamente una pertenencia exclusiva, una pérdida de autonomía y libertad, un nuevo esquema de valores y preferencias en su trabajo, ni un paso atrás en su compromiso anterior. Sabe lo que ha prometido y mantiene su palabra. Sólo que ahora puede vivirla con una renovada ilusión, llena de agradecimiento. La historia y la experiencia ofrecen abundantes testimonios y documentos<sup>13</sup>.

### **Requisitos fundamentales: la pobreza bienaventurada de un amor**

Sin embargo, sería ingenuo e injusto no señalar, al mismo tiempo, los riesgos y equivocaciones que la vida nos enseña. Admitir en teoría que la amistad, incluso la más profunda, es buena y enriquecedora no debería servir de justificación para ocultar una serie de equívocos, cuyas consecuencias no se constatan hasta que la situación se hace crítica o irremediable. Es muy difícil superar los engaños, cuando las relaciones se hacen demasiado interesadas y son muchas las motivaciones ocultas que dinamizan el mundo afectivo. Lo que había comenzado como una experiencia tan buena y extraordinaria termina donde nunca se había soñado ni pretendido llegar.

Por muy fuerte que fuera el cariño, hay un presupuesto que no debiera olvidarse: el amor del virgen será siempre el de una persona pobre, impotente, cuya expresividad queda limitada por su compromiso anterior. Ser eunucos, como afirma el Evangelio, no hace referencias a un dato biológico, sino a la libre aceptación de lo que ya hemos dicho que significa la virginidad. No es posible el tipo de entrega, propio de los cónyuges, porque ya se ha ofrecido la vida por un camino diferente. Si el amor humano y todas sus manifestaciones están determinadas por el respeto humilde y sincero al otro, aquí también los dos se encuentran orientados por un tercero. Cualquier vinculación afectuosa debe

---

(12) Recomiendo la lectura de E. GENTILI, *L'amour dans le célibat*, Lethielleux, París 1970. Un resumen de su pensamiento en *Amor y amistad y Amor y consagración* en Diccionario enciclopédico de Teología moral, Paulinas, Madrid 1978<sup>3</sup>, 31-55. Del mismo autor, *L'uomo, la donna e Dio*, Pigneron, Alzani 1968. L. RINSER, *Le célibat sacerdotal et la femme*, Supplément 22 (1969) 175-206. J. H. MC. GOEY, *¿Me arriesgaré a amar?*, Sal Terrae, Santander 1974. M. RONDET - I. RAGUIN, o. c. (n. 1), 84-127.

(13) J. HARANG, *Temoignages* en «Supplément» 22 (1969) 207-216. E. GENTILI, *Consecrazione e amore*, Gribaudo, Torino 1972, especialmente 52-98. R. PERNAUD, *Amitiés spirituelles. Les lettres de Jourdain de Saxe a Diane D'Andalo* Vie Spir. 61 (1980) 817-830.

respetar esa lejanía, que exige todo compromiso previo y más importante. No es la falta de cariño o su poca fuerza lo que impide una mayor donación, sino el hecho sencillo de no poder dar aquello que no es de uno, ni ya le pertenece. Por eso, una relación así participa del misterio doloroso de la cruz, porque supone el silencio de un lenguaje, que de alguna manera separa y mantiene distancias, pero al mismo tiempo se experimenta la bienaventuranza de una pobreza, que termina enriqueciendo y recrea el corazón.

Por otro lado, es necesario enfrentarse con otra nueva posibilidad. El amor será siempre una ofrenda y un regalo de la vida, que no se puede jamás conquistar ni merecer. Es una experiencia de gratuidad absoluta, donde juegan muchos factores y, por ello, hay ocasiones frecuentes en las que se capta su ausencia con un sentimiento de nostalgia profundo. Una amistad auténtica constituye un privilegio del que no es posible siempre disfrutar, al menos en sus niveles más íntimos. El remedio no es lanzarse a la búsqueda y aventura de alguien, como un mendigo hambriento, que llene ese vacío interior. Cuanto más hambre y obsesión se experimente, más difícil será la maduración. Esta requiere, como primer paso, la reconciliación serena con una verdad, de la que tal vez no se pueda prescindir. A través de las frustraciones, cuando sabe integrarlas con elegancia, la persona prosigue su camino de evolución hacia la madurez, aunque no haya vivido en las mejores condiciones. Y es probable que los valores de esta amistad no produzcan sus frutos, mientras no se haya tragado la posibilidad de una vida solitaria e, incluso, experimentado por dentro el realismo de esta situación.

### **Necesidad de una verdadera sublimación**

De cualquier manera, renunciar a una forma concreta de amor no supone ninguna regresión o estancamiento, si las exigencias fundamentales del hombre se alimentan y satisfacen por otros caminos. Esto significa que la sublimación, en el sentido más pleno de la palabra, es una urgencia para el celibato. Entiendo por ella el proceso por el cual se ponen al servicio de otras tareas superiores o de otro tipo aquellos instintos que originariamente estaban orientados hacia metas más primitivas e inmediatas. En contraposición a otros mecanismos de defensa, tan propios de la neurosis, no conduce a un bloqueo de la personalidad, sino que es algo dinámico y positivo, aunque a veces se la designe también como mecanismo neurótico e inconsciente.

La falta de sublimación suele producir una tensión molesta. El individuo no llega a sentirse centrado y a gusto en sus tareas, porque la opción efectuada no llena todas las exigencias de su personalidad. Humana o religiosamente queda una serie de lagunas, que impide la sensación gozosa de que aquella vale la pena y sirve para la realización del proyecto soñado. El punto decisivo



para mantenerse fiel en cualquier vocación y trabajar con eficacia radica en la consistencia interior, cuando los ideales, las necesidades y las aptitudes se satisfacen por ese camino<sup>14</sup>. De lo contrario, va surgiendo progresivamente un sentimiento íntimo de desintegración, de hastío e inutilidad, que conduce a un cambio de vida o a encontrar otras compensaciones de signo diferente. El auténtico solterón, con todas sus derivaciones consecuentes, es un producto típico de un celibato sin integrar. El llenar ciertas exigencias de manera distinta al común de los hombres reviste dificultades características y, por ello, debería exigirse un mayor equilibrio que para el mismo matrimonio.

### **La dimensión sobrenatural: prevalencia de los motivos religiosos**

Si la virginidad es de tipo religioso, la motivación básica debe tener un fuerte contenido sobrenatural. El «por mí y por el Evangelio» o el mensaje escatológico, como aparece en la revelación, serán los valores fundamentales vivenciados. Esto no significa negar la conveniencia e, incluso, necesidad –en la medida que el progreso espiritual sea menor– de otras gratificaciones y sublimaciones humanas. El problema reside en la proporción que debiera existir entre ambas.

Que el celibato se haya vivido por otras motivaciones menos religiosas ha sido una realidad de todos los tiempos. Bastaría pensar en la imagen sociológica, que ha rodeado con tanta frecuencia al sacerdote o religioso. El poder y la dignidad que representaba como depositario de lo sagrado, la autoridad y el prestigio dentro de la comunidad humana, la aureola de lo que se consideraba como la mejor profesión posible, el dominio paternal que ejercía sobre los otros, el depositario y consejero en tantas confidencias, la palabra casi definitiva en muchos problemas y otros elementos semejantes producían una alimentación psicológica mucho mayor de lo que se creía<sup>15</sup>.

Hoy muchos de estos aspectos han disminuido de manera notable o desaparecido casi por completo. La gratificación humana, que provenía del ministerio, se ha reducido en gran parte y no puede encontrarse ahí una sublimación excesiva. Tal vez ahora eso mismo se busque por otros caminos<sup>16</sup>, pero entonces

(14) Cfr. L. RULLA, *Psicología del profundo e vocazione*, 2 vol., Marietti, Torino 1976 y AA.VV., *Struttura psicologica e vocazione. Motivazioni di entrata e di abbandono*, Marietti, Torino 1977. Ambos con abundante bibliografía.

(15) Cfr. E. DITTES, *Valor simbólico del celibato*, Concilium n.º 78 (1972) 243-251.

(16) No dudo que, entre otras razones, ésta sea también una por la que, en oposición a otras épocas todavía recientes, no se tiene interés especial en manifestarse con los distintivos característicos del sacerdote. Si antes el simple hecho de serlo provocaba una ordinaria aceptación, ahora se teme por lo mismo un cierto rechazo, y si aquélla se da, queremos que sea por la persona y no por lo que ella representa. Aunque me parece que universaliza demasiado, son interesantes las reflexiones de M. ECK, o. c. (n. 2), 97-111.

no habría que hablar de celibato religioso. No podemos caer en un espiritua-  
lismo exagerado, como no lo somos en el campo de la alimentación o de otras  
necesidades biológicas. Negar las gratificaciones humanas que la vida ofrece  
es propio de un neurótico o de un masoquista, pero tampoco podemos aceptar  
la virginidad por un simple humanismo, pues además de nos ser para siempre  
un sólido y seguro fundamento, no existiría una dimensión sobrenatural. Dicho  
con otras palabras y sin necesidad de otras explicaciones: Dios y el Evangelio  
tienen que pesar mucho en la vida afectiva del célibe y, como sucede en las  
grandes opciones, será el sentimiento mucho más que las ideas lo que dé con-  
sistencia a la vida.

**E. López Azpitarte**

**SUSCRÍBETE**

---

# COMUNIDADES

## CRISTIANAS DE ANDALUCIA

---

**AYUDANOS  
A BUSCAR  
NUEVOS  
SUSCRIPTORES**

- + Somos un boletín de las Comunidades Cristianas Populares andaluzas
- + Una plataforma de intercomunicación entre creyentes
- + Un instrumento para la construcción de grupos y comunidades
- + Un cauce hacia una Iglesia fiel al Evangelio y al pueblo oprimido

Comunidades Cristianas de Andalucía - Apartado 561 - GRANADA

NOMBRE.....

DIRECCION.....

POBLACION.....

Deseo suscribirme por un año (10 números) a la revista  
"COMUNIDADES CRISTIANAS DE ANDALUCIA"

Abono la suscripción por:

( ) giro, dirigido a nombre de Pilar Ocaña, C/c Postal 3359468  
Apartado 561 - GRANADA

( ) cheque, enviado a Comunidades Cristianas de Andalucía  
Apartado 561 - GRANADA

SUSCRIPCION ANUAL: 500 PTAS.

SUSCRIPCION DE APOYO: 800 PTAS.